



Investigaciones Socio Históricas Regionales
Unidad Ejecutora en Red – CONICET
Publicación cuatrimestral
Año 3, Número 7, 2013

ALVIRA, Pablo (UNR/CONICET)

Reseña

MAURO, Diego, *Reformismo liberal y política de masas. Demócratas progresistas y radicales en Santa Fe (1921-1937)*, Rosario, Prohistoria, 2013, pp. 172.

Corría enero de 1937, en la víspera de las elecciones provinciales santafesinas: "(...) cuando el sol comenzaba a asomar y se insinuaba otro día sofocante, varios trenes del Ferrocarril de Santa Fe y del Ferrocarril del Norte Argentino se pusieron a disposición de la UCRSF para transportar votantes del Chaco hacia el norte de la provincia. También La Forestal prestó a la fórmula Iriondo-Araya sus trenes e instalaciones. El destino de los votantes chaqueños se repartió entre los tres departamentos del norte de la provincia: Vera, General Obligado y 9 de Julio. La operación total supuso el traslado de al menos dos mil personas" (p. 23). Como la mejor literatura, la apertura del capítulo I de *Reformismo liberal y política de masas*, nos sumerge rápidamente en el cambiante contexto político santafesino de la década del treinta, deteniéndose especialmente en uno de los hechos a través del cual se suele caracterizar el período: el fraude electoral.

Partiendo entonces de una vivaz descripción y detallado análisis de la organización y consumación de la trampa electoral orquestada por los radicales antipersonalistas, el nuevo libro de Diego Mauro bucea hacia la década previa intentando comprender las razones políticas de posibilidad de la coyuntura de intervención y de fraude electoral entre 1935 y 1937, en la provincia de Santa Fe, que significó el ocaso del proyecto de los reformistas liberales, quienes tuvieron su oportunidad (perdida) de implementarlo en la administración demócrata progresista de 1931-1935. La intervención de la provincia encarada por el presidente Justo colocó al radical antipersonalista Manuel María de Iriondo a la cabeza del Ejecutivo provincial, poniendo en marcha la maquinaria del fraude que confirmaría electoralmente al mismo Iriondo dos años después.

De modo que son dos grandes ejes problemáticos relacionados los que atraviesan el libro: por un lado los avatares del proyecto liberal-reformista, y por otro, la cuestión del fraude y la legitimidad política. En este sentido, la periodización rehúye los tópicos en torno al quiebre institucional -nacional- de

Recibido con pedido de publicación 01/11/2013

Aceptado para publicación 25/11/2013

Versión definitiva recibida 09/12/2013
--

1930, privilegiando el ciclo reformista santafesino: auge y decadencia del PDP y los vaivenes de la Constitución de 1921, así como la progresiva expansión de retóricas que exaltaban una “legitimidad de ejercicio”, las que finalmente avalarían el contraproyecto conservador. En esta periodización, el golpe de Uriburu es un hito importante pero no decisivo en términos del proceso que se estudia.

El devenir del reformismo liberal, encarnado en el Partido Demócrata Progresista (PDP) y una facción de los radicales (Radicalismo Opositor o Constitucionalista) surgida al calor de los debates sobre la Constitución, es estudiado por Mauro desde la aprobación de la Constitución provincial de 1921 y su inmediato veto por el Ejecutivo, hasta su finalización como proyecto político viable a mediados de los treinta. El libro no se centra en diseccionar las ideas reformistas, sino en su plasmación política y su articulación partidaria en coyunturas electorales específicas, es decir su adaptación a la dinámica política.

El reformismo liberal que analiza Mauro no es, como lo trataría un frecuentado tipo de historia intelectual, un corpus definido, homogéneo y constante de ideas, principios y programas, y menos aún con una estricta correspondencia en la práctica política. En sus palabras, lo que le interesa recuperar y analizar es el reformismo “que emerge de los grises y claroscuros de la política ‘real’, como un *resultado* en el marco de los desafíos específicos abiertos por la democracia de masas y la competencia electoral inter e intrapartidaria” (p. 16). Sólo siguiendo ese derrotero pueden explicarse las distintas fases por las que atraviesan los reformistas. Así vemos una curva desde el optimismo de 1920 puesto en una Constitución que limitaría el poder de los gobernantes y descentralizaría las instituciones, corrigiendo progresivamente los vicios de la política criolla, hasta el giro “redentorista” de su discurso a fines de la década, pasando por los debates internos del PDP a mediados de los veinte entre quienes seguían haciendo énfasis en lo formal-institucional y quienes consideraban que aquel programa carecía de sentido sin contenido social.

Como lo evidencia el autor, una manifestación de la inestabilidad de las coyunturas políticas y la inserción de los reformistas en ellas, es la cambiante performance electoral que desplegaron a lo largo del período. Más allá de los avatares intra e interpartidarios, esto se debió también a que el ciclo reformista 1921-1935 se vio progresivamente condicionado por un clima político hostil – que excedía largamente a Santa Fe- a las banderas del reformismo liberal: el ascenso de los nacionalismos, la crisis general del paradigma liberal y la activa injerencia de la Iglesia católica son expresiones de este ambiente. A estas presiones hay que agregar el ascenso de retóricas “técnicas” de la política, que hacían hincapié en la eficiencia y la capacidad a la hora de la administración, por sobre consideraciones principistas: los pilares en que sustentaría lo que Mauro llama, siguiendo a Susana Piazzesi, “legitimidad de ejercicio”.

En esa dirección, el libro hace hincapié en que el agotamiento del reformismo y la validación de otras formas de hacer política y encarar la gestión pública son dos aspectos concurrentes de un mismo proceso, por lo que la experiencia de los conservadores santafesinos a partir de 1937 es consecuencia de una serie de transformaciones que maduraron al calor del ciclo reformista. Por eso, este trabajo también se convierte en “una historia *posible* del fraude” (p. 37) y sus condiciones de emergencia, lo que implica también poner el foco en los

adversarios del proyecto reformista y cuestionar una serie de lugares comunes en torno a lo “infame” de la década del treinta. La imagen habitual de los conservadores y los radicales antipersonalistas, provistos de un poder absoluto durante la década del treinta tiene poco que ver con la realidad. Esto es bien explicado por Mauro: no podían sin más esperar cómodamente que se concrete la manipulación el día del acto electoral, todo lo contrario, la puesta en marcha del fraude requería de la movilización de cuantiosos recursos y una compleja organización. El éxito de la maquinaria del fraude implicaba entre otras cosas una profundización de la campaña electoral, una constante retórica que insistía en su eficiencia en la gestión, la activación de una vasta trama partidaria similar a la necesaria para cualquier contienda electoral, y aún así no estaba garantizada la previsibilidad de los resultados. De hecho, como comenta el autor, el preparadísimo fraude de 1937 terminó por salirse de control.

La posibilidad del fraude se puede entender, por otra parte, ligada al mencionado ascenso de otras formas de legitimación. La prensa y la opinión pública, aún reconociendo las manifiestas irregularidades de los comicios, no las condenaron o lo hicieron tibiamente, confiando en que el nuevo gobernador haga una buena gestión, saldando así su ilegitimidad de origen. Por sobre cualquier consideración institucionalista, Iriondo tenía que mostrar sus logros al frente de los dos años de intervención. Esta era la consolidación de una forma de concebir la legitimidad política que nacía de la propia sociedad y a la que en otra coyuntura en cierto modo también habían rendido tributo, según el autor, los demás radicales y los demócrata progresistas. Pero nadie como los conservadores para usufructuar el momento: “(...) la legitimidad política, tal como comprendieron con claridad meridiana los iriondistas, podía ser *producida* -al menos por un cierto tiempo y en un cierto grado- a través de ladrillos, alambrados y kilómetros de asfalto” (p. 169). Mauro defiende, finalmente, que el fraude de 1937 debe ser entendido como una de las manifestaciones posibles de aquella silenciosa transformación de la política santafesina a lo largo de entreguerras. Transformación ilustrada por la curva descrita por el propio PDP entre 1920 y 1935.

Para exponer estas argumentaciones, el texto está dividido en dos partes. Salvo el capítulo I, consistente en describir y analizar detalladamente el fraude consumado en las elecciones de 1937, los otros tres capítulos de la primera parte exploran cronológicamente el derrotero del reformismo liberal inmerso en la dinámica de la política provincial, desde los debates de la Convención Constituyente de 1921 hasta la campaña electoral de 1927-28. En un balance provisorio, además, el autor analiza las tensiones al interior del proyecto reformista. Los tres capítulos que componen la segunda parte del libro comprenden las vicisitudes del radicalismo personalista en el gobierno, la ruptura provocada por el golpe de 1930 y el posterior triunfo de los demócratas en 1931. Mauro analiza aquí los desafíos que implicó el pasaje del PDP de la oposición al gobierno, en una coyuntura de crisis económica, y las tensiones en el propio partido acarreadas por las reformas acometidas, que lo llevarían finalmente a su fragmentación y, fundamentalmente, a mostrarse incapaces de evitar la intervención hacia fines de 1935.

La investigación destaca por estar sostenida por un notable aparato erudito y también por una sorprendente (para aquellos no habituados a la historia política, quizá parezca excesiva) descripción de la maraña constituida por las

redes de relaciones partidarias y personales, con el correspondiente caudal de nombres propios y la exposición de sus zigzagueantes trayectorias políticas. Pero también se distingue por la estrategia narrativa que adopta: un primer capítulo con una detallada descripción del fraude, a partir del cual a modo de *flashback* se recapitula la trayectoria del reformismo liberal desde 1920 para finalizar en 1935/37, construyendo una suerte de genealogía del fraude y sus condiciones de emergencia, lo que favorece notablemente la comprensión del proceso.